

gar una serie de impuestos en los peajes que los terratenientes del sitio han colocado en los caminos de sus propiedades. El chico, el militar que viene a tomar posesión de sus heredades, parece absolutamente despistado con lo que ocurre, y por eso recibe el desprecio de una hermosa chica —miss Rhianon—, sobrina de uno de esos grandes terratenientes —un lord, también absolutamente despistado que es, a pesar de que comparte la explotación de los peajes, bueno, en el fondo—. Por allí anda también otro militar, pero éste sin posesiones, de aguerrida fiereza e imponente aspecto que se disputa, con nuestro protagonista, el amor de miss Rhianon, aunque ella a ninguno de los dos hace caso, porque de quien está enamorada es de... Rebeca, el misterioso personaje que acaba de aparecer en escena y quien se hace cargo del levantamiento de los campesinos. El final de esta historia de aventuras es similar también al de las célebres películas.

Independientemente de la ironía simple con que Dylan escribió la historia, existen una serie de rasgos que hacen de este cuento algo atractivo y digno de ser leído y reflexionado. En primer lugar, su plasticidad; su plasticidad cinematográfica que, efectivamente, es un hecho destacado de la narración. Las imágenes se suceden. Siempre se nos relatan imágenes; mejor dicho, siempre alguien en posesión de una cámara, más que de una pluma, nos dice qué es lo que está viendo. Evidentemente, Dylan tiene que descomponer la acción simultánea de la descripción que se da en el cine. Combate esa simultaneidad ofreciéndonos más imágenes:

"Diluvia. Y aúlla el viento. Crepúsculo invernal. Cortina de aguas rotas y estremecidas al aire desatado y ululante.
"De pronto, martilleando en esa cacofonía imponente, el redoblar de cascos de caballo y el...".

Es una característica también de la poesía de Dylan: la fuerza erótico-plástica de sus versos (que pueden gustar mucho o poco, no viene al caso). Además, Dylan pone un extraordinario complemento a estas imágenes: un singularísimo diálogo, lleno de espontaneidad, de viveza. Es decir, la acción causa su impacto. Si levantamos un instante los ojos del libro, dudaremos..., ¿realmente el cine es sólo una pantalla? ¿O hay algo más allá de la imagen cinematográfica, susceptible de ser investigado mediante manifestaciones aje-

"Andalán" cumple seis años

Acaba de aparecer el número doscientos de la revista "Andalán", que nació —digamos que precariamente y con pocas expectativas de vida— para buscar donde lo hubiera el auténtico concepto de aragonismo. Qué era, cómo había de ser y en qué consistía el patrimonio de Aragón, a nivel popular. El arte, la ecología, el movimiento obrero, el teatro, la música y tantas otras cosas pasaron por "Andalán", buscando un espacio en que poder mostrar una imagen muy lejana de aquella centrada en el cachirulo, la Pilarica y la nobleza baturra.

Y ha sido una experiencia difícil; ha tenido que serlo llegar a los doscientos números, porque se trata de una región que ha sido coto privado de los clanes familiares, del unipartidismo cuarentenario y de la Iglesia, en lo que concierne a los medios de comunicación de masas. "Andalán" ha sido y es la cuna y el respaldo del movimiento ecologista,



que no ha parado de agitar las aguas populares, para conseguir que no se travase el Ebro, que no se construyan centrales nucleares en Tudela o Sástago. Y los encargados de divulgar y buscar a Aragón dentro de Aragón han sido Labordeta, Carbonell, Tomás Bosque, La Bullonera y otros, que han recorrido los pueblos uno a uno, desde el Pirineo hasta Teruel. ¡Que "Andalán" siga, estando presente en Aragón, pesando a quien le pese, y continúe hasta su número cuatrocientos! ■ C. F. R.

nas al cine, la palabra, por ejemplo?

"Por encima del ruido grita Rodri para hacerse oír: "Toda la vida pagamos. Os pagamos rentas e impuestos y nos hacéis vivir en chozas. Jamás reparáis nuestras carreteras. Pagamos para vivir y estamos condenados a la pobreza. Vivimos para pagar y para que sigáis siendo ricos gracias a nuestro trabajo. Y ahora levantáis barreras y peajes para que tengamos que pagar incluso para poder trabajar".

A la obra de Dylan también ha legado la lucha de clases, pero en maravillosa fusión con la aventura, con el misterio, con el altruismo inexplicable de uno de los que explotan, con la humanidad —a veces rufián, a veces diabólica— de todos los personajes. Dylan compone un folletín de imágenes, único quizá en la literatura, en el que precisamente las imágenes dotan de enormes sugerencias al folletín, a la película posible e imposible.

El libro tiene una agradabilísima presentación, una traducción llena de la fuerza que Dylan

debió poner en el original, y un hermoso prólogo. ■ FRANCISCO GONZALEZ CASTRO.

CINE

"¡Que viva Italia!"

La película está formada por doce episodios inconexos, dirigidos al alimón por Mario Monicelli, Ettore Scola y Dino Risì. Doce episodios, cada uno de los cuales se dirige en una dirección distinta, aunque todos pretenden ofrecer aspectos críticos de la sociedad italiana, si bien las facetas elegidas pueden ser comunes a las de cualquier otro país occidental: el egoísmo, el miedo, el sentido del ridículo, la ambición, el terrorismo, las situaciones absurdas, pero cotidianas, etc. Un cajón de sastre donde cabe todo y nada predomina. No existe un

punto de vista común entre los directores ni una lógica dramática entre los numerosos guionistas, al parecer reunidos todos ellos para recaudar fondos con destino a la viuda de uno de sus compañeros; proyecto que debía haber contado con la participación de doce directores, reducidos finalmente a tres no sabemos bien por qué.

Sin embargo, "¡Que viva Italia!", a pesar de esa confusión y esa irregularidad, contiene algunos episodios realmente ejemplares. Son fundamentalmente los tres interpretados por el excelente actor Alberto Sordi. Los de sus compañeros de reparto, Ugo Tognazzi, Ornella Muti y Vittorio Gassman son, sin duda, inferiores, a excepción de uno de los de este último ("Tantum Ergum"), quizá dirigido por Scola y en la misma línea sarcástica y ligeramente amarga de los episodios de Sordi. Si se pudieran entresacar estos cuatro "sketches" y separarlos del resto, estaríamos sin duda ante una película recomendable. El talento interpretativo de Alberto Sordi consigue mezclar con sensibilidad ese difícil estilo de la bufonada con el naturalismo y la ternura. Tanto el papel del exquisito aristócrata que se dirige a una reunión de católicos que discute el cisma del padre Lefèbvre, como el del cómico que reza un hilarante responso ante la tumba de su jefe, como el de ese hijo dominado por la mujer que debe abandonar a su madre en un asilo, son personajes que dan la clave del talento de Alberto Sordi, de quien nos faltan en las pantallas españolas muchas de sus últimas películas, y muy especialmente las dirigidas por él... Desgraciadamente, sólo nos llega este "¡Que viva Italia!", donde lo que le rodea no ayuda demasiado a conocerlo. ■ DIEGO GALAN.

"Sentados al borde de la mañana con los pies colgando"

¡Cuánto título para tan poca película! ¡Qué pena de esfuerzo realizado por ese excelente grupo de profesionales —Hans Burmann, operador; Antonio Betancort, director; Miguel Bosé, y otros actores— para una película que resulta no ser nada,